

esta idea: cuando el gran moralista chino reprueba la decadencia de sus conciudadanos del siglo sexto antes de Cristo, reconoce que la música era antes noble y severa como las costumbres, laxa y sensual en el momento que critica. Igual comentario hicieron los pensadores griegos post-socráticos para amonestar a sus conciudadanos por la delicuescencia moral de entonces; y no escapa al estudiante de la historia clásica la correlación que existió entre la música dórica y jónica, la del continente europeo y la del Asia—sobre todo en lo que se llamaron el modo lidio e hipolidio—y el respectivo carácter de esas dos grandes ramas de familia helena. El canto gregoriano y la revolución palestriniana riman con la sociedad en que nacieron; y cuando la inteligencia europea emprende descifrar la estructura del mundo que acaba de circunvalar en la navegación oceánica y de explorar en la trayectoria de los astros, culmina el esfuerzo de este arte en obras de una elación cósmica. Hoy tenemos en el jazz un retrato de nuestra desarticulación ideológica. Tal vez el canto estrangulado en la batahola de atambores y platillos es el grito del alma desorbitada de esta trepidante civilización, la orfandad del espíritu en una catarata de muchedumbres delirantes. El hecho de que la raza negra haya captado este sino de la hora es mero accidente: lo aceptó el mundo, porque todos en él vamos ya siendo como el esclavo de Luisiana que gime triturado en las fauces de Moloc, llámase banco, prensa, policía, sociedad anónima, fascismo, bolchevismo o democracia.

Y aunque todas las especies del arte literario,

menoscabadas por la fatiga consiguiente a una superproducción, buscan el huidizo interés de los lectores en la explotación aventurera de lo exótico y del desplante; también nos dicen ser, como lo hiciera a través de su larga historia, un facsímil decorado de los afectos y una como creación vicaria del mundo en que vivimos para refugiar en él lo que quisiéramos que fuésemos nosotros y nuestra sociedad ambiente. Pues si es verdad que en ocasiones la obra literaria asume un carácter de análisis desinteresado y una al parecer vida autonómica, métese en las reconditeces de su gestación y en los afectos que produce, y se verá que es vida transfigurada en el creador y en el contemplador; véase asimismo cómo perdura su fuerza de emoción en cuanto subsiste la realidad que subentiende, y cuál se desvanece si sólo interpreta una etapa fugitiva de la historia: y así se nos muestra hoy ajena a todo candor, ayuna de sosiego espiritual, cargada de vituperios, con el rictus torturado y alocado de los naufragos.

De ahí surge también esta realidad del presente, esta invasión universal del cinematógrafo. Mimo silencioso y profundo de la existencia, tiene de la vida el movimiento y la expresión sin voces de la intimidad. Vivifica y humaniza los entes mudos de la naturaleza y dota de perdurabilidad al más leve signo de los ojos, de la boca y de las manos. Mágico esfuerzo realizado por transferir el alma del hombre al mundo y por desentrañar el mundo que hay en el hombre, es, con la danza primitiva, hijo suyo al fin, el más cautivante narcisismo de la vida.

Luis López de Mesa

(Concluirá en la próxima entrega)

## Cristianismo monárquico y monarquismo cristiano

= De El Sol. Madrid =

He leído que en alguna procesión u otro acto público de culto católico algunas damas dieron en gritar “¡Viva Cristo Rey!”. No es de creer que quisieran decir “¡Viva el rey!”, que no debe ser ya, como lo era antes del advenimiento de la República, un grito subversivo, sino, por inocente, permisible, y que lo de sacar el Cristo fuese para despistar; suponemos más bien que con ese piadoso grito trataran de manifestar su cristianismo monárquico o su monarquismo cristiano, lo que no es igual. De todos modos, el “¡Viva Cristo!” con rey o sin rey es algo así como aquel “¡Viva Dios!” que solía lanzar el piadosísimo general carlista Lizárraga cuando entraban en acción sus tropas. “¡Viva Dios!” que no es el “vive Dios que . . . clásico y castizo, sino algo como el ya famoso “¡viva la Virgen!” Ingenuas y candorosas explosiones de un simplicísimo sentimiento religioso. Pero por si en ese grito se oculta otro sentido, bueno será que esas damas, se den cuenta de la realeza evangélica del Cristo.

Cuenta el cuarto Evangelio (Juan, VI, 15) que cuando después que Jesús multiplicó los panes y los peces para los cinco mil varones que se recostaron sobre mucha hierba, éstos quisieron arrebatarse y hacerle rey, y retiróse él solo al monte. Huía de que le hicieran rey y no más que por haber multiplicado peces y panes. Peces

y panes que son cosa de este mundo, mientras que el reino del Cristo no es de este mundo, como se lo dijo él mismo a Pilatos (XVIII, 36). Era Pilatos, el que lo entregó a los judíos para que lo crucificaran, el que se empeñaba en proclamarle rey “¿Luego eres tú rey?”, le preguntó, y respondió Jesús: “Tú dices que yo soy rey” (v. 37). Y fue Pilatos mismo el que le hizo proclamar rey cuando hizo poner en la cabecera de la cruz en que agonizó y murió aquel letrero trilingüe que decía: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*, y que al decirsele que pusiese que había sido el mismo Jesús el que se dijo rey, contestó: “Lo escrito, escrito queda.” (Juan, XIX, 19-23). ¿Y qué hay en este pleito entre Jesús y Pilatos a cuenta de la realeza de aquél?

Lo que hay es que el Cristo no se sentía rey de este mundo, rey político, sino que eran las turbas hambrientas de pan y de peces las que querían hacerle rey, y él huía de esas turbas y de la política nacionalista de ellas. Por lo que le tentaban los escribas y fariseos para presentarlo como un sedicioso, un faccioso, contra el César, y es cuando dijo lo de “Dad al César los que es del César”, es decir, el tributo y con él la política. Escribas, fariseos y sacerdotes, para quienes el Cristo era un faccioso, un sedicioso, un antipatriota, que ponía en peligro la independencia de la nación judía.

“Si le dejamos—decían—, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación” (Juan, XI, 48), y luego: “Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.” (v. 50). Y por esto, por antipatriota, hicieron los sacerdotes que se le crucificara, por lo mismo hizo poner Pilatos el letrero trilingüe, como queriendo decir: este es un sedicioso alzado contra el César. Mas él, el Cristo, jamás se proclamó rey de este mundo, rey político. Agonizó y murió bajo el rótulo de rey, y fué rey de agonía.

El Cristo rey, pues, y no de este mundo, es el Cristo desnudo, sin manto ni cetro, crucificado por antipatriota y agonizando en la cruz, el Cristo de la agonizante también piedad popular cristiana española. Y a ese Cristo desnudo y ensangrentado y acardenalado se le adivinan, casi se le transparentan tras las lívidas carnes, las entrañas todas. Allí dentro hay entrañas de hombre, estómago, hígado, bazo, pulmones, corazón, las vísceras todas. Y sería un despropósito querer sacarle una cualquiera de ellas y ponérsela fuera, sobrepuesta. ¿Qué sentido tendría ponerle o pintarle a un Cristo crucificado y desnudo un corazón al lado izquierdo del pecho? Revolveríase contra esa incongruencia tanto el sentimiento religioso como el estético. ¿Poner un corazón de pega sobra la carne que guarda el corazón entrañado! Un corazón así, de pega, a modo de una condecoración, sólo se explica sobre la túnica de un Cristo vestido, que acaso no es más que un maniquí. Un corazón así, de pega, desprendido de la red toda visceral de que forma parte, sólo se explica sobre una túnica que quiere acaso ser manto real, manto político. Y sobre ese corazón de pega, que no es el corazón entrañado del cuerpo desnudo y agonizante, sobre ese corazón, un “Reinaré en España y con más veneración que en otras partes”.

Y ese corazón ensento, separatista—pues se separa del resto de las entrañas corporales—y . . . real es un corazón que a las veces se trueca en olla ciega o aleancia, si es que no en buzón. Pues le hay que recibe papeletas en que van escritos los nombres de los donantes que contribuyeron con mayores cantidades a la erección del monumento. Lo cual tiene sin duda que ver con los panes y los peces, pero no con la realeza del otro mundo, sino con el tributo al César.

Si las damas de la Acción Católica que lanzan al aire esos vivos inflamados de monarquismo leyeran más los evangelios—con notas o sin ellas—que las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque, podrían darse más clara cuenta de la realeza del Cristo y a la vez de su cordialidad. Y si estudiaran un poco de anatomía y fisiología, aprenderían que el corazón, el de entraña y no el de pega, es algo más que una bomba aspirante e impelente.

Miguel de Unamuno